

obedecisteis al demonio, y héteos aquí ya de vuelta! . . . ¡Ay, Señorita Marta! ¿quién sabe lo que Jesús os tenía reservado para el último minuto de vuestra hora de adoración? . . . ¡Cómo! Gustáis tanto de alargar las visitas que hacéis á vuestras amigas, y sólo á Dios le escatimáis una hora y estáis impaciente por terminarla cuanto antes? ¡Quizá quería Él haceros santa! Y os apartasteis. . . ¡Cuánto abundan las aberraciones, las inconsecuencias, los olvidos y las ilusiones del mundo! . . .

«La gran fiesta de nuestra entrada en la eternidad no será más que el Santísimo Sacramento sin velos.»
(R. P. Caussette.)

¡Y hay almas que no quieren gustar el Paraíso en la tierra!

¡Y otras que no quieren gozar del Paraíso ni aquí ni en el cielo!

Jesucristo se halla en medio de ellos, y ellos voluntariamente no le conocen. (Evang; seg. San Juan, I. 26.)

Así los desconocerá Él un día y les dirá: «Fuí peregrino en la tierra y no me hospedasteis, prisionero en los tabernáculos y no me visitasteis; ¡apartaos, pues, no os conozco!»¹

Y arrojados del cielo, irán á otra morada en donde sólo tendrán el sempiterno horror y los tormentos. Tendrán al demonio siempre. . . á Él, jamás!

¹ *Hospes eram et non collegistis me, et in carcere et non visitastis me.*
(S. Mateo, XXV, 43.)

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hec est victoria qua vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

El primero consiste en considerar la pasión, no como cosa que ya pasó, sino como un suceso á que asistimos. Las cosas distantes ordinariamente nos impresionan poco. Es indispensable ver los padecimientos de Jesucristo como si se verificaran delante de nosotros. Esta es la práctica de la Iglesia, que en el cielo anual de sus solemnidades, nos representa todos los misterios de la religión como si aconteciesen en ese mismo día. Hé aquí, nos dice, el día en que nació el Salvador, ó en que resucitó, ó en que subió á los cielos.

El segundo consiste en mirar la pasión del Señor, no como un beneficio común á todos los hombres, sino como beneficio personal nuestro. Parece que la redención pierde su precio por abrazar á todos los hombres; esto es sin duda un error grosero: si Jesucristo padeció por todos, no hubiera padecido menos por cada uno: porque sin duda consideró y distin-

guió á cada uno de nosotros. «Si no hubiera más hombre que tú, nos dice San Bernardo, á quien rescatar, hubiera hecho por tu amor todo cuanto se dignó hacer por todas las criaturas.» Podemos, pues, y debemos aplicarnos especialmente este beneficio, como si no tuviese más objeto que nosotros. San Pablo se lo apropiaba cuando en el entusiasmo de su amor repetía: *Me amó, y se entregó á sí mismo á la muerte por mí.* (Gál. 11. 20.)

Después de haber considerado los tormentos de Jesucristo con las circunstancias que los acompañaron, debemos recapacitar y grabar hondamente en nuestro corazón esta verdad: que somos la causa de todo cuanto padeció nuestro divino Redentor, como nos lo enseña la fe: *Por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades* (Isaías, LIII. 5); pues ¿cómo podrá haber corazón tan duro que no se ablande y enternezca al considerar quién es el que sufre, por qué sufre, qué sufre y con qué fin lo sufre?

¡Ah! si de este modo meditásemos la pasión del Señor, ¡cuán preciosos frutos percibiríamos! Pero, ¿puede esperarse que hagan estas santas y excelentes meditaciones aquellos que no tienen siquiera una pequeña imagen del divino Crucificado? ¡Oh, qué triste y qué doloroso es entrar en ciertas casas, llegar al lecho de un moribundo, recorrer todas las habitaciones, y no encontrar en parte alguna un crucifijo! Pues qué, ¿no es este el blasón del cristiano? ¿qué clase de cristianos son estos que pasan alegre-

mente la vida tan alejados de Jesucristo? ¿Cuál será su culto y cuál será su esperanza? Cuidad vosotros, niños cristianos, de profesar la más tierna devoción á Jesús crucificado. Tened siempre presente que cuando lleguéis al término de la vida, cuando estéis moribundos, abandonados de vuestros padres y de vuestros amigos, quedaréis solos, con el crucifijo entre las manos! Si durante la vida habéis reconocido á vuestro Salvador por medio de una acendrada devoción, él os reconocerá á su vez en aquel trance terrible y os defenderá; disipará vuestros temores, os sostendrá en esa última y decisiva lucha, os librará de las angustias de trance tan tremendo; producirá en vuestro corazón un dulce y suave sentimiento de esperanza y de confianza, de valor, de paz y de serenidad. Pero si el crucifijo fué para vosotros durante la vida un objeto indiferente, extraño; si no os aplicasteis nunca á leer este divino libro y á meditarlo, ¿qué consuelo, qué sostén podréis esperar en aquel momento? Reflexionadlo desde ahora seriamente y cuidad de aseguraros vuestro eterno porvenir.

P. *¿Pues sin morir no pudiera Dios hallar otro remedio?*

R. *Sí, mas nos convino éste más que otro ninguno.*

Que Jesucristo se hiciese hombre para rescatarnos, fué necesario solamente bajo el supuesto de que Dios exigiera de nosotros una satisfacción rigurosa de nuestras faltas; pues que en tal caso, como la sa-

tisfacción debía corresponder á la ofensa, esto es, ser infinita como ésta, sólo un Dios hecho hombre podía ofrecerse á un Dios ofendido. Pero muy bien pudo el Señor concedernos el perdón y la gracia sin exigernos esa condición. El que nos creó con una sola palabra, con una palabra sola pudo también salvarnos. Mas aun en el supuesto de que nuestra redención no hubiera podido hacerse sino por medio de una satisfacción conveniente, no vemos ninguna necesidad de ese exceso de sufrimientos á que quiso sujetarse Jesucristo. Porque como la persona divina da un valor infinito á todas las acciones de Cristo, la menor de sus humillaciones era suficiente para rescatarnos: una lágrima, un suspiro, una oración, era bastante para aplacar á Dios, para pagar á su justicia nuestra deuda y para salvar al género humano; y por lo mismo no tuvo necesidad de padecer tan grandes tormentos, de sufrir tan horribles dolores: y si se sujetó á ellos fué sin duda ninguna porque *asi lo quiso*.

Estas reflexiones nos inducen á reconocer que en la misión y en los sufrimientos de su Hijo se propuso Dios otros fines además del de nuestra redención y salvación; para conseguir los cuales, quiso elegir este medio más bien que otro cualquiera. Vamos á estudiarlos brevemente, para deducir y establecer un punto importante de la moral cristiana. Estos fines, considerados en la Persona del Verbo encarnado, pueden reducirse á dos: la mayor gloria de Dios y nuestro mayor bien.

La gloria extrínseca de Dios está en la manifestación de sus divinos atributos; pues bien, ninguna cosa pudo darles mayor realce que la encarnación de Jesucristo y los misterios que han sido para nosotros la más feliz consecuencia de ésta. Resplandecen en efecto, de un modo especial y distinto, las perfecciones del Señor; particularmente su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su santidad, el aborrecimiento que tiene al pecado, su bondad y su amor inmenso por nosotros.

I. *Su omnipotencia* brilla por la unión en un solo supuesto, en una sola persona, de dos cosas á las que separa una distancia infinita, la naturaleza divina y la naturaleza humana, es decir, la eternidad y el tiempo, la vida y la muerte, la felicidad y la miseria, la grandeza y la pequeñez, el todo y la nada. ¡Qué admirable prodigio! El tiernecito infante concebido en el seno de María y nacido en un establo, es el Hijo del Altísimo, un solo y mismo Dios con Él! Dos términos separados por el infinito, y sin embargo unidos de una manera extraña é incomprendible: Dios-Hombre, Hombre-Dios, Carne y Verbo, Verbo y Carne! Con razón la Sagrada Escritura, hablando de este misterio, lo considera como la obra capital de la omnipotencia y lo prefiere á la misma creación. Así es como nos dice que Dios para formar el cielo y extender la inmensidad, no necesitó más que la fuerza de sus dedos: *He de ver tus cielos como obra de los dedos* (Salmo VIII. 4); pero al hablar de la Encarnación exclama diciendo que es

la obra de todo el poder de su brazo: *Hizo valentía con su brazo* (San Lucas I. 51).

II. *Su sabiduría infinita* se manifiesta en la conciliación de los intereses de su justicia infinita con los de su infinita misericordia. Si la justicia divina reclamaba la satisfacción y el castigo por el pecado, la misericordia abrigaba en favor nuestro designios de paz y de perdón. ¿Cómo conciliar estas dos cosas? Si el Señor nos castigaba, ¿qué sería de su misericordia? Y si nos perdonaba, ¿qué se hacía de su justicia? Pues bien; por la encarnación y la pasión de Jesucristo quedan unidos esos dos tan distantes extremos. Toma en sí el Salvador la deuda toda del pecado, con lo cual satisface á la justicia divina; y nosotros, gracias á los merecimientos de Jesucristo, recibimos gratuitamente el perdón de nuestros pecados, y así se satisface la divina misericordia. Con lo cual se realiza aquella palabra del Profeta: *La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron.* (Salmo LXXXIV, 11.)

(CONTINUARÁ.)

MORAL

EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINÚA.)

« Compréndese bien la impresión producida en los ánimos de las gentes, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hom-

bre brotan y pasan cual la flor de los campos; de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos. Hay quien acuse hoy á los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciado y anatematizado la carne; mas ¿cómo pueden dejar de ser profundamente espiritualistas, edades que veían la gentil hermosura vuelta cieno, la lozana robustez aniquilada por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad y horror, el organismo admirable del Rey de la creación, hecho blanco de todas las miserias, sirviéndole tan sólo la superioridad para acrecentar la tortura?—Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física, cuando al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apoteosis del cuerpo, cuando éste, declarando su origen de barro y lodo, volvía á la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos. ¿Qué valía el verdor de mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué el garbo del talle, si de la noche á la mañana, en un instante, era la más linda dama hediondo esqueleto, y el galán más apuesto, objeto que ponía espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una substancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislábase al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia á los sitios pú-

blicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar alguna cosa que de su propiedad no fuese, el atravesar por calles ó senderos estrechos, el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzabase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Estábale vedado dirigir la palabra á nadie: su modo de llamar por los demás hombres era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio; sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y ríos; su aliento emponzoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños. Tal era la condición del leproso.

«Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó á las ovejas enfermas y roñosas, antes con especial ternura las estrechó en sus brazos. A la antipatía que el pueblo, sensualista por naturaleza, mostraba á los repugnantes gafos, opuso el cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido anunciado por los profetas al mundo, como leproso; que había amado á los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imagen del Salvador mismo; que sus plegarias purificadas por el dolor y la tribulación, llegaban más presto á los pies del que llamó á sí á los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo, era rena-

cimiento y luz para el espíritu; que si á veces podía la capa de lepra del cuerpo ser castigo de ocultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus predicados, como lo fueron los males horribles de Job el justo.

«Los Concilios reclamaron para el leproso la comunión de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno.

«Los Papas encomendaban á los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el concilio de Letrán, declaróse la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta á los míseros á quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bueno, amados de Jesucristo*.

«Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan las ceremonias con que la Iglesia celebraba el acto de segregar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con alba y estola, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del lazo nunca roto que une á la Iglesia con todos sus hijos. Bendecía después los mezquinos enseres, el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la célebre frase: *Sis morbus*

mando, vivens iterum Deo. El pueblo entretanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz, signo santificador de la mísera morada; al pie, un cepillo recogía la limosna de los transeuntes; y dejando ya al triste en la silenciosa mansión, el clérigo y la multitud se volvían silenciosos al templo, á impetrar del cielo, paciencia para el vivo enterrado. En Pascua de Resurrección, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando despierta el mundo del invernal sopor, estremeciéndose de júbilo, la Iglesia recordaba que un paria gemía abandonado, mezclando sus ayes de amargura al concierto inefable de la naturaleza; y entonces decía al leproso: «En memoria de este tiempo santo en que Cristo alzó la losa de su sepultura, rompe tú esa cárcel y sal á gozar del perfume de las flores, y á ver el azul del cielo.» Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

«¿Qué fuera de los leprosos á faltarles el natural amparo de la Iglesia, en épocas en que la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha á presenciar bravesas, inhumanidades y escenas de exterminio, era tan fácil en verter sangre, á pocas persuasiones de la credulidad ó del odio? Si el baluarte moral de la protección eclesiástica no defendiese á los infortunados leprosos, no hay duda en que el populacho concluyera con ellos, sin piedad, allí donde los encontrase. A despecho de la influencia eficaz del cristianismo, todavía es tal la fuerza de las impresiones

sensibles que mueven á repugnar lo feo y lo infecto, á asociar la deformidad moral y la física, que aun hoy el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres, madres* en Francia, *gafos* en Castilla), es un epíteto insultante; que en Guyena se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que, en suma, cada momento se hallaban en peligro de ser víctimas del furor de las turbas, y degollados en masa, si religión y caridad no protegiesen su existencia.» (SAN FRANCISCO DE ASÍS, por Doña Emilia Pardo Bazán.)

Ese bellísimo espíritu de caridad se ha manifestado no sólo en la fundación de hospitales para toda clase de enfermos aun los más repugnantes; en el cuidado solícito de los enfermos, sino en la generosidad de los fieles para dar limosnas y dejar legados para el sostenimiento de esas cristianas instituciones. Pero con las leyes de secularización, de despojo de los bienes eclesiásticos y prohibición de que la Iglesia adquiriera bienes raíces; los malhadados gobiernos liberales han restañado esa corriente de caridad en favor de los desgraciados. El hospital, el asilo, el establecimiento de beneficencia, deja de serlo desde que se ve con horror por el mismo que necesita del auxilio ajeno; con desconfianza por el que quiere socorrer las necesidades de sus semejantes, y con *interés* por quien no encuentra otro modo de vivir que sirviendo á cualquiera.

Aquí nos encontramos otra vez con otras observaciones de la Sra. Bazán muy dignas de repetirse: «En los modernos tiempos, dice, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparedada, escondida, porque no asome á la superficie de nuestra soberbia civilización: arrincónase al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible: mas ¿quién le ama, quién le acaricia, quién le corteja, como eran en la edad media cortejados los leprosos? Filántropos hay que con sincera abnegación se consagran al socorro de sus semejantes; no faltan medios materiales; la bolsa del rico se abre, no sé si de compasiva ó de medrosa; pero ¿en dónde está el amor que todo lo endulza, calienta y vivifica? ¿En dónde están reyes como San Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? ¿En dónde Isabel de Hungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente y festiva las inmundas llagas del elefanciaco? ¿En dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? (*Ibid.*)

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

VI

En presencia de la muerte.

En el día de finados Santiago volvía pensativo del cementerio. El vicario de la Parroquia lo encontró y le dijo:

—A lo que veo, mi buen amigo, viene Ud. de visitar á sus inolvidables difuntos? ¡Vaya! Mucho me place que cumpla Ud. con ese deber.

—Procuró no faltar á esa visita, señor Vicario, respondió Santiago.

—¿Habrà Ud. visitado también el sepulcro del pobre de Don Damián, á quien enterramos hace pocos días?

—¡Ah! sí, Padre.

—¡Vamos! ¿Y qué le parece á Ud. de esa muerte?

—Que Don Damián hizo lo que todos sus camaradas, convertirse antes de morir; y en ello obró cuerdamente.

—Ud. lo ha dicho. Sí, señor, se convirtió y muy de veras. Ya lo creo que se convirtió. Si el pobrecillo se sentía tan dichoso, y lloraba de puro gozo cuando estrechaba la mano del señor Cura. . . . y le pedía con tantas ansias el perdón de todas sus faltas. . . . Y es que á la hora de la muerte, amigo, se ve claro, muy claro.

— Cierto, Padre, muy cierto.

— En esos solemnes instantes, ¡cómo públicamente adoraba lo que antes había abominado! ¡cómo detestaba lo que antes había adorado! En esa hora suprema no juraba, no, antes besaba con respeto y con ternura los pies del crucifijo. No calumniaba á su Párroco, sino, como os he dicho, no se cansaba de estrechar su mano con la efusión de un hijo arrepentido. No se ocupaba en la lectura de esos periódicos impíos que repartía antes profusamente entre los trabajadores. No mandaba á sus operarios que llevasen sus hijos á las escuelas sin Dios, sino por el contrario, les decía: «¡Oh mis fieles amigos! sed ahora libres como debisteis haberlo sido siempre.» ¡Ah! ¡Pobre Don Damián! ¡que no hubiera vivido como murió! Porque á haber tenido sus ideas siempre sanas, ¡cuántos bienes habrían hecho él y el señor Cura unidos.

— ¡Es verdad!

— ¿Verdad? Luego Ud. también . . . qué? ha pensado . . .

— Sí, sí, Padre. Yo también, por beneficio de Dios, estoy desengañado.

— ¿De veras?

— Como Ud. lo oye, señor Vicario. Héme convertido hoy, es decir, demasiado tarde!

¡Ay, Padre! tiene Ud. mucha razón; ante la muerte se ve claro, muy claro; y sin necesidad de esperar á que le llegue á uno la muerte, basta con presenciar la de los otros para ver con esa salvadora

claridad. He ido al cementerio, he visto con atención la tumba de Don Damián, del cabecilla de los impíos en el pueblo; y al verla me ha parecido escuchar una voz que me decía: Haz tú lo que al morir hice yo; pero hazlo sin demora: mi cristiana muerte es la reprobación de mi vida impía. Lamento, no mi muerte en la fe, sino mis años en la incredulidad. Si me fuera dado volver á la existencia, no haría lo que hice, no diría lo que dije. Mira en tu derredor, Santiago amigo, y advierte que entre los que quieren arrastrarte al mal, uno solo no hay que esté seguro de la senda que sigue. Y la mejor prueba está en que á la hora de morir cambian de lenguaje y se apartan del camino que han andado. Ante la muerte, á menos que sea un castigo divino, no hay ya interés ó pasión que ciegue, se ve la verdad en todo su esplendor, y hay que rendirse á la verdad. Solamente los cristianos no se desdican á la hora de la muerte, y no es cosa que merezca la pena el seguir durante la vida á aquellos que para reconciliarse con la verdad y el bien, se verán obligados un día á renegar de su pasado. Haz lo que yo, te repito, amigo Santiago, haz lo que yo; pero pronto; déjate de escuchar á los charlatanes de pueblo que quieran impedirte la práctica del Evangelio de tu Cura.

Hé aquí lo que me ha dicho la tumba de Don Damián.

Hé aquí lo que me ha llegado al corazón, y lo que prometo á Ud., señor Vicario, no olvidar nunca.

Así se explicaba Santiago al volver del cemente-

rio. El sacerdote daba gracias á Dios en el fondo de su alma por haberse dignado infundir tan grande sabiduría y tan excelente resolución en el espíritu de aquel hombre sencillo. Pedía á la soberana Misericordia la misma gracia para los muchos insensatos que atraviesan los caminos de esta vida sin detenerse un solo instante frente á una tumba á reflexionar en presencia de la muerte.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



IMPORTANTÍSIMO

A LOS PADRES DE FAMILIA.

El día 9 de Enero del año próximo de 1899, con el auxilio divino, se inaugurará el COLEGIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, SECUNDARIA Y SUPERIOR que, para Niñas y Señoritas, este CENTRO GENERAL DE LA OBRA DEL CATECISMO ha logrado establecer en la casa

NÚM. 10 DE LA 3.^a CALLE DEL RASTRO
de esta capital,

SE RECIBEN ALUMNAS INTERNAS.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

Hac est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al inundo, nuestra fe.

1.^a EPIST. DE S. JUAN, CAP. V. V. 4.^o

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

III. *Su santidad* y el odio infinito que tiene al pecado, se manifiestan, porque si Jesucristo no hubiera venido al mundo, si no hubiera obrado y padecido como lo hizo, tampoco hubiéramos tenido más que una muy débil idea de la malicia del pecado y del horror que le inspira á Dios. Mas cuando le vemos tratar con tan grande rigor á su Hijo único, al Santo de los santos, y esto, no más que por haberse revestido de las exterioridades del pecador, podemos comprender suficientemente, así la enormidad del pecado, como el aborrecimiento implacable con que lo persigue el Señor.

No puede darnos de esto prueba más convincente y perentoria. Ni el diluvio universal, ni las lluvias de fuego que consumieron á las ciudades nefandas, ni tantos otros castigos espantosos enviados á causa del pecado, ni el infierno mismo creado para expiarlo, ni la eternidad con todos sus tormentos, prueban el